

## Un maestro llamado Sartre

Harold Soberanis \*

*Yo había encontrado mi religión: nada me parecía más importante que un libro. En la biblioteca veía un templo.*  
Jean-Paul Sartre

Recientemente, mientras buscaba algún material para utilizar con mis estudiantes de la Universidad, metido en ese laberinto virtual y a veces alienante del Internet, tuve la fortuna de tropezarme con un texto bastante interesante y del cual ignoraba su existencia.

Dicho texto, titulado *Fue mi maestro*, escrito por el filósofo francés **Gilles Deleuze**, trágicamente fallecido y uno de los más connotados representantes de la filosofía del siglo XX, apareció hace algunos años en el periódico argentino *Página 12*, aunque el texto original se remonta a los años sesenta. En él, Deleuze se refiere a lo que significó para su generación, y las posteriores, la figura y el pensamiento del destacado pensador, también francés, **Jean Paul Sartre**.

**Sartre** es quizá el más visible y controversial exponente del Existencialismo, ese movimiento filosófico que alcanzó su máxima expresión en la primera mitad del siglo XX, pero cuyas raíces las encontramos en el siglo anterior, sobre todo en la figura del filósofo danés **Sören Kierkegaard**.

Deleuze se queja, en su artículo, de vivir una época en la que las grandes figuras intelectuales, como la de Sartre, han desaparecido, lo que ha provocado que la humanidad contemporánea camine a la deriva, en un mundo cada vez más caótico y sinsentido. De ahí pues, que resalte lo que el gran filósofo francés significó para él y para todos los hombres y mujeres de su generación que vieron en Sartre no solo al hombre coherente con su obra, sino al intelectual comprometido y honesto.

Sartre ha sido uno de los filósofos más denostados, vilipendiados y admirados de la historia. Su pensamiento no admite concesiones, ni busca quedar bien. Desafía al poder y a lo tradicional y, sobre todo, rechaza y denuncia la cómoda posición burguesa de la vida. Es un intelectual que va contracorriente y por eso nos sorprende. A mi juicio, en Sartre se resume, al igual que en Marx, lo que debe ser un verdadero intelectual.

Intelectual a tiempo completo, Sartre supo combinar su profesión de filósofo con la de dramaturgo, novelista, ensayista, activista político, amigo y amante. Sus aventuras

sentimentales con muchas mujeres son tan famosas como su fidelidad a la compañera de toda su vida, la también destacada intelectual y figura principal del movimiento feminista no antimasculino, Simone de Beauvoir.

Esta capacidad sartreana de ser un intelectual comprometido con los hombres de su tiempo, le permitió desarrollar un profundo humanismo en el sentido de ser consciente del dolor del hombre concreto, en un mundo cada vez más injusto. Conoció y compartió la soledad de una generación entera, después de la tragedia de la Segunda Guerra Mundial. El vacío interno, la angustia ante un mundo caótico y huérfano de sentido, la explotación de miles de obreros por un sistema económico de suyo perverso, le dotaron de la consciencia suficiente que le permitió reflexionar sobre la condición del hombre.

La habilidad de Sartre de poder combinar su trabajo intelectual de escritor y filósofo con una vida activa, en constante contacto con las gentes de su entorno, le confirieron una gran capacidad para intuir aspectos ocultos de la naturaleza humana. Aunque pudo equivocarse en muchas cosas, sus reflexiones sobre la consciencia, la introspección, la sexualidad humana y sus relaciones con el poder, la política y las relaciones interpersonales, están llenas de intuiciones que explicarían muchas de las acciones que realizamos a diario y cuya causa, la mayoría de veces, no comprendemos. A todos nos ha pasado que actuamos de determinada manera, reaccionamos de una forma que a nosotros mismos nos sorprende, decimos algo que no queríamos, etc. Todas estas son acciones que reflejan matices oscuros de nuestra naturaleza. Estas acciones pueden ser analizadas por la psicología, pero también la filosofía puede aportar mucho al respecto. Pues bien, Sartre realiza ese análisis planteándolo, especialmente, en sus obras de teatro y novelas, pero también en sus tratados filosóficos.

Todo esto es quizá lo que Deleuze, en su artículo, echa de menos al recordar la figura y obra de quien considera su maestro. Deleuze se queja, en su momento, de la falta de intelectuales de la talla de Sartre quienes, para bien o para mal, fueron modelos para muchas personas quienes, en la sombra de su propia existencia cotidiana, adoptaron modos de vida o de pensamiento que, sin saberlo, eran producto de las enseñanzas de aquellos intelectuales.

Hoy día, en el inicio del siglo XXI, esta queja de Deleuze adquiere mayores dimensiones y renovada vigencia. Basta con mirar a nuestro alrededor: lo que vemos es un mundo carente de imaginación, ausente de racionalidad, faltaría decir de intelectuales que sirvan de referencia para esta generación enajenada por la tecnología y el consumismo. Este vacío es aún mayor en países subdesarrollados como el nuestro, donde la ignorancia nos hace presas

fáciles de políticos demagogos, pseudolideres, falsos dirigentes y empresarios avorazados e incultos. Tal vez, nuestra realidad sería otra, si tuviéramos al menos, un intelectual de la talla de Sartre. Aunque, pensándolo bien, acaso sea demasiado pedir.

\* Profesor titular en el Departamento de Filosofía, Facultad de Humanidades, USAC